
Los álbumes de fotografía de la expedición de Julius Popper a Tierra del Fuego (1886-1887)

Marisol Palma Behnke*

RESUMEN: Este artículo se centra en el álbum fotográfico de la expedición liderada por el multifacético y políglota rumano Julius Popper (1857-1893) –ingeniero, explorador, colonizador, escritor– a la Isla Grande de Tierra del Fuego en 1886. El legado documental se compone de escritos que publicó en su época en español, además de álbumes de fotografías que retratan de manera fragmentaria la expedición oficial que realizó con el apoyo de empresarios y autoridades argentinas, junto a un grupo de hombres de diversas nacionalidades, a quienes reclutó, organizó y representó como escuadrón armado para el reconocimiento de tierras incógnitas en el flanco argentino de la Isla Grande. A partir de la selección de diez fotografías –de un corpus total de 101 imágenes–, se indaga tanto en su conjunto, como en las trayectorias fotográficas individuales, atendiendo a sus dimensiones materiales, mediales, visuales y corporales, en función de los estereotipos y estrategias que también contribuyeron al exterminio físico y simbólico de los selk’nam.

PALABRAS CLAVE: Fotografías, Isla Grande de Tierra del Fuego, Julio Popper, selk’nam

ABSTRACT: This article focuses on the photographic album of the expedition led by the multifaceted and polyglot Romanian Julius Popper (1857-1893) –engineer, explorer, colonizer, writer– to the Big Island of Tierra del Fuego in 1886. The documentary legacy consists of writings that he published in his time in Spanish, as well as photo albums that portray in a fragmentary way the official expedition that he carried out with the support of Argentine businessmen and authorities, together with a group of men of various nationalities, whom he recruited, organized and represented as an armed squad for the recognition of unknown lands on the Argentine flank of the Big Island. From the selection of ten photographs -of a total corpus of 101 images-, it is investigated both as a whole, as well as in the individual photographic trajectories, attending to their material, medial, visual and corporal dimensions, depending on the stereotypes and strategies that also contributed to the physical and symbolic extermination of the Selk'nam.

KEYWORDS: Photographs, Isla Grande de Tierra del Fuego, Julio Popper, selk’nam.

*Marisol Palma Behnke. Departamento Historia. Centro de Estudios Mediales (CEM). Universidad Alberto Hurtado.

Cómo citar este artículo (APA)

Palma, M. (2022). *Los álbumes de fotografía de la expedición de Julius Popper a Tierra del Fuego (1886-1887)*. Proyecto Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Introducción

“El nombre de Popper está rodeado de la fama de brutal e inexorable del buscador de oro. En realidad, es casi lo único por lo que hoy, en la Argentina y fuera de ella, salvo Rumania, se le conoce. Todas las otras facetas de su personalidad, al menos tan curiosas como esa, generalmente son ignoradas hasta el extremo de parecer increíbles” (Lewin, 1974, 47)

Cuando hoy día se evoca la figura de Julio Popper (1857-1893), aparecen múltiples representaciones históricas que lo rodean de una total ambivalencia. En efecto, Popper ha sido una figura emblemática para la historia de la colonización argentina y chilena de la Isla Grande de Tierra del Fuego, celebrado por sus historiadores nacionales y regionales¹. Al mismo tiempo, pertenece al panteón de los personajes siniestros que se vinculan, no solo al genocidio de la población selk'nam, sino a la violencia horizontal ejercida entre estancieros, mineros y extranjeros que buscaban asentarse y emprender actividades lucrativas en la Isla Grande, y que se encontraron con la figura autoritaria de Popper que no en vano se hizo llamar “Rey del Páramo” (Bascopé, 2010; Martinic, 1990, 2003). Fue conocido como “dictador patagónico”: alcanzó a construir casi dos docenas de campamentos auríferos e inventó un artefacto propio que bautizó como “la cosechadora de oro”, acuñó monedas en este material y emitió estampillas con su nombre (Vicuña, 2020, p. 98). Al llegar a Buenos Aires, Popper rápidamente se informó y se vinculó con literatos, políticos y círculos de intelectuales porteños que manifestaron, tras su repentina muerte ocurrida en 1893, su reconocimiento y respeto ante la figura “heroica” de Popper por sus “valientes servicios” prestados a la joven nación argentina como explorador, geógrafo, geólogo y colono de la Isla Grande de Tierra del Fuego. Así lo expresó el literato Lucio López en sus exequias: “sus rasgos de piolleer y de navegante, antes que a la novela y al drama, corresponden a las de un protagonista de aventuras extraordinarias como Simbad el marino, el héroe combatiente del célebre cuento árabe” (Lewin, 1974, p. 74).

¹ Boleslao Lewin (1908-1988) historiador de origen polaco que se radicó desde 1937 en Argentina, ha sido el principal biógrafo de Julio Popper. Entre sus publicaciones más conocidas se encuentra el libro titulado: *Popper, un conquistador Patagónico* 1967 que ha tenido varias re-ediciones, como la de 1974, con similar título: *¿Quién fue el conquistador patagónico Julio Popper?* En su obra *Memorias de una vida colmada* (1985), Mauricio Braun le dedica un apartado en el capítulo dedicado a relatar el desarrollo en la región de Magallanes entre 1880 y 1890 (Braun, 1985, pp. 51-65). Más recientemente Cristóbal Marín lo trata en *Huesos sin Descanso. Fueguinos en Londres* (Marín, 2019, pp. 224-225); Manuel Vicuña lo aborda en su ensayo histórico titulado *Barridos por el viento. Historias del fin del Mundo* (Vicuña, 2020, pp. 96-99).

En la historia reciente, la figura se ha llevado a la pantalla grande a partir de interpretaciones basadas en diversos textos que, en cierto modo, representan dichas ambivalencias². El siniestro e intrépido agente del progreso o, como el mismo Lewin lo ha señalado, llevándolo hacia el costado de la percepción psichistórica, como a aquel sujeto “egótico”, “ambicioso”, “inteligente”, “autoritario”, “violento”, “megalómano” e “ingenioso domador de paisajes y climas indómitos movido ni siquiera por su afán de dinero en definitiva más bien movido por un ideal que tras su aura romántica no esconde más que los ideales de conquista propios de las lógicas coloniales y raciales de su época” (Lewin *op. cit.*). En su momento, cuando Popper presentó los resultados de sus exploraciones ante la sociedad de intelectuales bonaerenses, nadie se escandalizó por su modo de referirse a los indígenas. En efecto, su autocelebración como héroe civilizatorio es sintomático de todo un repertorio de ideas evolucionistas, nacionalistas, racistas, capitalistas, colonialistas y patriarcales que eran “normales” en su tiempo o que así lo parecen a la luz de la fragmentaria evidencia. Aunque se exagere la interpretación del gesto, fue cierto: Popper fue aplaudido por sus hazañas y sus relatos, incluidas sus referencias a los indígenas como “salvajes y estúpidos”, en auditorios repletos de personas que lo escucharon atentamente. Puede que no fuera la opinión de todos en su tiempo, pero definitivamente da cuenta del no lugar que les dio Popper a los fueguinos –también en el corpus fotográfico como veremos– y de la aceptación de esta mirada depredadora, radicalmente alineada con la lógica del exterminio. Cabe señalar, sin embargo, que su monopolio en la representación de la leyenda negra ha sido matizado más recientemente por diversas investigaciones microhistóricas que contextualizan en la década de 1880 el genocidio indígena, situando a Popper en un lugar más complejo del relato que el lugar común del estigma, según señala Bascope:

² En el campo de la literatura cabe destacar la compilación de cuentos titulada “Tierra del Fuego” (1956) de Francisco Coloane con un cuento basado en la figura de Julio Popper. Patricio Manns también representó al personaje en la novela *El corazón a contraluz* (1996). En el año 2000 debutó en el cine “Tierra del Fuego” dirigida por Miguel Littín. La película de ficción interpreta la historia de Julio Popper –representado por Jorge Perugorria– durante su estada en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Más recientemente se estrenó “Blanco en blanco” (2020) catalogada como el primer “western revisionista” de Tierra del Fuego. El director chileno Théo Court reflexiona y expone el genocidio selk’nam –ocurrido entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX– inspirado en las famosas fotografías que representan a Popper ante cadáveres de fueguinos. De hecho, la película comienza con aquellas imágenes emblemáticas del genocidio. En el género documental destaca “El botón de nácar” (2015) dirigida por Patricio Guzmán que introduce de manera fragmentaria las fotografías emblemáticas de Popper, realizando ampliaciones de los cadáveres indígenas para relatar la historia de su exterminio violento.

Sintiéndose permanentemente amenazado, la violencia marcó su empresa. No obstante, contra lo que se ha difundido, ésta se enfocó menos en los cazadores fueguinos que en sus propios empleados (Belza, 1974, 154) y, sobre todo, en los mineros que consideraba intrusos en su territorio. A mediados de 1888, el cabecilla de un grupo de once cateadores (entre los cuales figura el famoso “cazador de indios”, Sam Hyslop) afirmó haber sido asaltado junto a sus compañeros por Popper. Maniatados sobre los caballos y finalmente abandonados en el campo a *merced de la intemperie y de los salvajes*, recorrieron 110 millas antes de ser salvados milagrosamente. Popper habría incluso envenenado el agua de las lagunas pues *hicimos beber a los caballos, los cuales perecieron en número de diez. Así pudimos notar palpablemente hasta dónde llegaba su hostilidad y su depravación como individuo que dice pertenecer a una raza civilizada.*

Las sospechas sobre la civilidad de Popper eran las mismas que éste proyectaba sobre sus rivales. Así, mientras en el imaginario puntarenense el salvajismo se identificaba con el “puñado de bárbaros” que habitaba la isla y que sería pronto arrasado por la civilización, los mineros cultivaban su propia barbarie. En este sentido, Popper afirmaba que *el dominio absoluto del indio Ona se ha convertido en recipiente de hombres arrojados de todos los países de Europa, en teatro del vandalismo de grupos de desertores, deportados y bandidos de todas las razas*, al punto que *los que hoy día atacan la propiedad ajena en aquel territorio, no son los Onas, son los indios blancos, son los salvajes de las grandes metrópolis* (Bascopé, 2010).

En este artículo me propongo interrogar las fotografías menos visitadas de la expedición, poniendo en relación a la figura contextualizada y matizada de Popper, en la Isla Grande de Tierra del Fuego de la década de 1880; y analizar las imágenes en tanto momentos particulares y pertenecientes a un corpus fotográfico que se fijó placa por placa, de manera automática, por medio del aparato fotográfico durante la expedición de 1886 y que fueron posteriormente reveladas, luego del traslado seguro de los frágiles negativos de vidrio hasta Buenos Aires. El legado documental de Popper se compone de escritos que publicó en su época, además de álbumes de fotografías que retratan de manera fragmentaria la expedición que realizó a Tierra de Fuego, acompañado de un grupo de hombres que formaron su legión exploradora en 1886. Situado así temporalmente, nos interesa indagar en las fotografías en relación a sus trayectorias desde el momento del acto fotográfico *in situ*, en un instante determinado, hasta su devenir en documento material que se articula en diversos procesos, acciones, discursos, prácticas, recepciones y con diversas cargas semánticas que no constituyen más que las historias de determinadas imágenes, que subsisten, se revitalizan en diversos espacios de opinión pública y se alejan del sentido o del momento “real”

que les dio origen. Visto desde esta perspectiva, resulta productivo seguir la pista a las trayectorias de dichos álbumes y de las fotografías que los componen, pues son parte fundamental de historias locales y regionales que se entrelazan diacrónica, sincrónica y anacrónicamente. Así, por ejemplo, resulta significativo el hecho material de la fotografía que se transforma en documento revelado y reproducido en álbum en la década de 1880, en pleno auge de la técnica serial de la fotografía, justo para el período que Walter Benjamin³ describió como el de la desaparición del “aura”, ese sutil entramado de luz y tiempo que humanizaba a los retratos antes que documentarlos con nitidez y analogía mimética para crear archivos de razas, criminales, locos y desviados con una lógica más estratégica que estética. ¿Acaso nos interpelan las fotografías en este caso en relación a dicho fenómeno más general? Ciertamente, y el álbum como obsequio entregado por el mismo jefe de expedición Julio Popper a diversos destinatarios, entre ellos al recientemente electo presidente de la República argentina Juárez Celman, es indicio de una cultura política que valoraba los “regalos” y los símbolos, como los hitos toponímicos o los nuevos símbolos fotográficos visuales-documentales que daban a ver con la claridad de la luz diurna, con todo lujo de detalle a la expedición militar con una estética realista, efectiva, marcial. La fotografía análoga que representa este corpus de fotografías impresas se puede analizar así, no solo en relación a los referentes que nos da a ver, sino también en sus articulaciones y entrelazamientos como objeto visual polisémico de diversas espacialidades y temporalidades que la tornan significativa. De esta manera, la materialidad de las fotografías que se aprecia a nivel de la imagen fotográfica, pero también en su tecnología –cámara, negativos, emulsiones, revelado, ampliación, impresión y reproducción serial en soporte papel grueso para recién llegar a formar parte del dispositivo visual que llamaremos álbum–, será central en la reflexión crítica de sus

³ Benjamin formula en retrospectiva la idea de la “pérdida del aura” como un fenómeno más general en el campo del arte, relacionado con la pérdida de lo “irrepetible” y “singular” que se suprime por el advenimiento de una nueva era de “reproductibilidad técnica”, a partir de las últimas décadas del siglo XIX. La fotografía y sus rápidos desarrollos técnicos –desde su invento como daguerrotipo en 1839– en la segunda mitad del siglo XIX tuvo un rol protagónico en este proceso. En efecto, Benjamin destaca el invento del calotipo –primer negativo fotográfico con imagen latente– como un giro hacia la reproducción de fotografías en serie que caracterizan el advenimiento de una nueva cultura visual y constituyen el símbolo de la modernidad. En relación a esto véase W. Benjamin [1931] *Pequeña Historia de la Fotografía*, en *Sobre la Fotografía*. Pre-Textos, 2008; [1936] *La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica*. En *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, 1989.

trayectorias particulares y colectivas⁴. Resta aclarar que dichos álbumes se encuentran hoy en diversos archivos en Chile, Argentina y Europa y son casi idénticos; sin embargo, han sido escasamente tratados.

¿Quién fue Julio Popper y qué lo atrajo a Tierra del Fuego?

Popper nació en Bucarest (Rumania) el 15 de diciembre de 1857, ciudad en la que vivió hasta los 17 años, cuando decidió trasladarse a París para formarse como ingeniero en minas en la Universidad Politécnica de París. Durante aquellos años también se interesó por la fotografía. Tras culminar sus estudios en Francia viajó por varios países europeos y orientales: Turquía, Egipto, Siberia, Japón, China, hasta llegar a Estados Unidos y radicarse en Nueva Orleans, puerto fluvial norteamericano, donde trabajó en obras de ingeniería (Belza, 1974, pp. 131-132). Su periplo por América Latina comenzó en Cuba, donde contribuyó en la planificación urbana de la ciudad de La Habana. Prosiguieron viajes y estadías en México y en Brasil en las que el ingeniero escuchó el rumor de la existencia de un “Dorado Patagónico” en el extremo sur de Argentina, que se había propagado por la noticia del hallazgo de oro en Cabo Vírgenes (Braun Menéndez, 1971, p. 154). La información sobre dicho enclave, ubicado en la provincia de Santa Cruz al sur de la Patagonia, era extraordinaria y conmocionó a la sociedad de la época. No solo a los que rápidamente querían hacer fortuna, pues “hasta los hombres de negocio, los corredores de bolsa y gente adinerada” (Braun Menéndez, 1971, p. 154) se vieron estimulados por las posibilidades que se ofrecían en el fin del mundo. Movilizado por la noticia, Popper se dirigió, a finales de 1885, a la ciudad de Buenos Aires, con el objeto de informarse mejor sobre dicho hallazgo y evaluar sus posibilidades de explotación.

⁴ A la base de la propuesta teórico metodológica contempladas para la selección y análisis de fotografías en este artículo, se encuentran las nociones de referencia en torno del noema fotográfico de Barthes que desarrolla en *La cámara lúcida* (Barthes, 1980) y que Philippe Dubois revisa en *El acto fotográfico* (1983) en términos retrospectivos proponiendo nociones de “index” y “huella”. En resonancia con los autores se aplica al análisis la concepción esquematizada de que Kossoy propone para la investigación histórica con fotografías definiéndolas de acuerdo a su especificidad a partir de sus “elementos constitutivos” (*fotógrafo, técnica/medio, contenido/asunto/referente*) y “coordenadas de producción” (*tiempo/espacio*). Situando el acento en la materialidad del acto fotográfico y siguiendo los aportes teóricos de (Edwards, 2001) para pensar las trayectorias tanto en el momento de producción de las fotografías como en sus devenires históricos, se sigue la propuesta de la autora en función de las nociones de reproducibilidad técnica de la conocida obra de Walter Benjamin (1936).

En Buenos Aires se hablaba de Cabo Vírgenes como “El Dorado Patagónico” y Julio Popper, instalado en la capital, se relacionó con hombres importantes de la élite social bonaerense. ¿Cómo logró una vinculación tan precisa? ¿A qué se debió su rápida inserción social? Algunos opinan que su formación parisina, su estampa, el manejo de los idiomas, y su formación profesional fueron los motores de su vinculación. Es interesante destacar las habilidades políglotas de Julius Popper –rumano, idish, francés, alemán, español–, además de su formación en la secundaria en lenguas antiguas latín y griego. Otros señalan que su pertenencia a la masonería permitió una vinculación tan exitosa, aunque también se afirma que Popper fue incorporado a una de las logias dos años después de haber llegado a Buenos Aires, en 1887 (Lewin, 1974; Canclini, 1993). También se destaca la circunstancia de haber llegado a la capital argentina en un momento clave, pues los hombres de negocio que querían explotar El Dorado Patagónico requerían de alguien que supiese “conocer a fondo todos los misteriosos valores que encierran el subsuelo, los placeres, los estratos, los aluviones, las vetas y la arenisca” (*Ibid.*). En Buenos Aires, una importante empresa minera que se había constituido para explotar oro en Cabo Vírgenes, nombró a Popper como su “veedor”. Y con ese cargo se abocó a la tarea de organizar una expedición para inspeccionar, a nombre de la “Compañía Anónima Lavaderos de Oro del Sud”, la zona de Cabo Vírgenes, travesía que emprendió a comienzos de 1886. Pero en definitiva fueron su formación y experiencia profesional las que convencieron a algunos empresarios argentinos a confiar en sus capacidades para inspeccionar la zona y evaluar la factibilidad de la explotación de oro en Cabo Vírgenes. Tras el viaje, su resultado más importante fue el proyecto de realizar un viaje exploratorio a la Isla Grande de Tierra del Fuego, cuyas costas divisaba al otro lado del Estrecho de Magallanes, bajo la suposición de que encontraría allí el preciado metal (Lewin, 1974, p. 34). En efecto, durante el terreno, el ingeniero inspeccionó lo que se denominaba la “Zanja a Pique”, lugar donde estaban los aluviones auríferos. Efectivamente existía el ansiado oro, sin embargo, la competencia alrededor de otros buscadores de oro había crecido evidentemente. Popper siguiendo otros rumores, fijó su atención e interés al sur del Estrecho de Magallanes, en la inexplorada Tierra de los Fuegos, en cuyas costas de similares estructuras geológicas sería probable confirmar la existencia de yacimientos auríferos, como señala Braun:

La noticia de este asombroso descubrimiento atrajo a cuanto aventurero traficara en Buenos Aires o Punta Arenas en busca de oportunidad de hacer fortuna, especialmente

de nacionalidad yugoslava, navegantes de oficio, gente fuerte y ambiciosa. El lugar más socorrido se llamaba la Zanja a Pique y allí cerca pululaban los buscadores con sus chayas y canaletas en ruidosos campamentos. Por aquella vía llegó el primer oro a Punta Arenas con sus felices poseedores, muchos de los cuales se afincaron en la localidad. Este primer acontecimiento no deslumbró entonces a los colonos extranjeros.

Uno entre los muchos que visitaron la Zanja a Pique fue Julio Popper, quien con su perspicacia e inteligencia indiscutidas coligió que del otro lado del Estrecho, o sea en el litoral atlántico fueguino, podrían presentarse iguales características del terreno y que en las arenas y la tosca de los acantilados cercanos a las playas podría hallarse oro escondido; así fue como se apresuró a obtener la concesión y a convencer a los capitalistas que reunieron los fondos necesarios para iniciar y proseguir en gran escala la explotación del yacimiento, lo que originó su paso por Punta Arenas camino a San Sebastián al que antes me he referido (Braun, 1985, p. 88).

El testimonio de Braun es interesante ya que es epocal y da cuenta del período inicial de la colonización en la Isla Grande, visto desde la realidad precaria de Punta Arenas, último bastión de la bandera chilena en el confín del mundo. En relación al proceso de poblamiento y asentamientos mineros, que se materializó recién a partir de las últimas décadas del siglo XIX, Bascopé señala:

Hasta fines del siglo XIX, las expediciones argentinas y chilenas a Tierra del Fuego –y antes españolas, holandesas, francesas o británicas– se habían restringido a sus costas y el único asentamiento, la misión anglicana de Ushuaia (fundada en 1869), permanecía arrinconada en el sur, al borde del canal Beagle. El resto del territorio se repartía entre grupos de cazadores fueguinos y sus mujeres que acarreaban el campamento y los niños. A principios de 1879, durante la primera expedición terrestre chilena, Ramón Serrano reconoció propiedades minerales en un río, al norte de la isla, que llamó del Oro. Reconoció también premonitoriamente la aptitud ganadera de los pastos circundantes. Pero analizando su encuentro con los *habitantes de esta isla* se equivocó al pronosticar que bastaría *hacerles comprender prácticamente las ventajas del comercio para atraerlos y civilizarlos*.

Como en otras latitudes, el hallazgo de oro atrajo a Tierra del Fuego un flujo de colonos –hombres, solteros, desheredados de distintas nacionalidades– que, a partir de 1881, se distribuyó en la región noroeste. Sobre el número de mineros, la forma artesanal del trabajo y los primeros vestigios de presencia estatal, se tiene noticia recién para marzo de 1885, cuando el ingeniero Bertrand recorrió la región.

En efecto, al desembarcar Bertrand en la bahía de Porvenir registró una casa estatal con *un destacamento de soldados para contener las irrupciones de los indios fueguinos en los lavaderos; destacamento que ha sido retirado, porque el crecido número de personas que hay*

ahora en la Tierra del Fuego lo hace innecesario” (Bertrand, 1886, 58, citado en Bascopé, 2010, 201). En su informe también registró variados los lavaderos de oro, sus técnicas y resultados en cantidades de oro producidas, justo en la antesala de la llegada de la expedición encabezada por Popper (Bascopé, 2010, p. 201).

Desde Cabo Vírgenes, vía Buenos Aires y Punta Arenas, Popper se propuso llegar a la Isla Grande de Tierra del Fuego. Pero no solo se planteó dicha incursión como una extensión de la búsqueda de explotación aurífera, sino que también como una expedición a una tierra enigmática⁵, aquella que desde París él ya conocía a través de los mapas que se encontraban en la Biblioteca Nacional en sus tiempos de estudiante. Fue así como a su regreso, decidido a realizar una expedición de exploración científica en Tierra del Fuego, se abocó a la hábil tarea de obtener permisos gubernamentales y ayuda económica, lo cual no le costó demasiado esfuerzo, dados sus conocimientos en ingeniería y en la explotación de yacimientos auríferos. Su experiencia profesional internacional le dotó de la confianza y el apoyo que obtuvo de empresarios, políticos, abogados, periodistas e ingenieros, entre los cuales se destacaron Joaquín Cullen, Bernardo de Irigoyen, Lucio Vicente López, Manuel Laines, Alfonso Ayerza, María Eyzaguirre (Gómez, 1996, p. 17), todos miembros de la elite social bonaerense que confiaron en su experiencia para aventurarse a tamaña empresa, bien equipado en una zona fronteriza: el western patagónico del extremo sur argentino. Cabe recordar que, si bien las campañas de exterminio a cargo del general Julio Argentino Roca no alcanzaron a los selk'nam, sí lo hizo Ramón Lista (1856-1897), coronel argentino porteño que realizó las primeras expediciones de reconocimiento del territorio en el sector norte de la Isla Grande, justo antes de la llegada de Popper entre 1884 y 1886. Se le atribuyen masacres a grupos de selk'nam que encontró reunidos en tolderías en la zona de San

⁵ La travesía que Popper estaba planificando se dirigía a un territorio que los exploradores de la época llamaban el “corazón de las tinieblas”, una frontera inexplorada por ambos estados (el chileno y argentino) hasta entrada la década de 1880. Sobre el interior fueguino existían hasta entonces, informaciones más bien fragmentarias, lo que cambió sustancialmente por el caudal de información heterogénea que recopiló y sistematizó en torno de la Isla y de sus habitantes la expedición. En efecto, Popper y su colectivo armado contribuyó a visibilizar –a través de registros escritos, confección de mapas, tomas de fotografías, mediciones topográficas, tomas de muestras diversas, adquisición de objetos, entre otros medios– el espacio geográfico, topográfico, mineralógico, hidrográfico, geológico, botánico, zoológico, etnográfico. Popper destacó las diferencias entre el norte y el sur, los cambios de paisaje que caracterizan a la isla, así como su descripción detallada para el sector argentino al noreste de la isla. Durante la década de 1870 se habían realizado dos expediciones de carácter exploratorio: la del francés E. Pertuiset (1873-1874), y la del oficial de la armada chilena, Ramón Serrano Montaner (1879). Ambas recorrieron el sector septentrional y central de Tierra del Fuego.

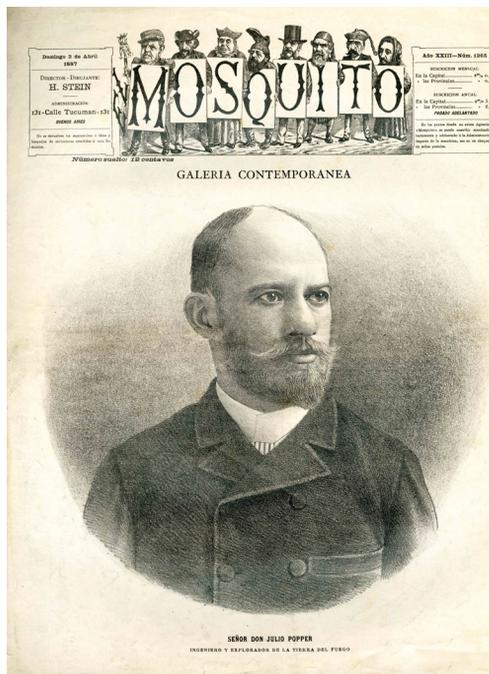


Figura 1. Retrato Julio Popper publicado en El Mosquito, 3 de abril de 1887. Fuente: Colección Archivo documental, Museo Regional de Magallanes.

Sebastián, lo que informó al presidente Juárez Celman, casi al mismo tiempo que lo hacía Popper. De hecho, es interesante que Ramón Lista fuese reconocido más tarde como miembro del Instituto Geográfico Argentino y editor del Boletín del Instituto Geográfico, donde publicaría Popper. Más tarde, en 1881, fue miembro fundador de la Sociedad Geográfica Argentina⁶. No parece casual que Popper fuera así autorizado rápidamente, por el Ministerio del Interior y de Guerra de Buenos Aires, para dirigirse con hombres armados a Tierra del Fuego: “He organizado una expedición para explorar, desde el punto de vista científico, Tierra del Fuego, debiendo formar parte de ella el ingeniero

en minas don Julio Carlsson y 15 particulares armados, en previsión de indios hostiles” (citado por Canclini, 1993, p. 35) .

Al regreso de su viaje, tras presentar su charla al público bonaerense en 1887, Popper se convirtió en una personalidad pública cuyo retrato hablado circuló en la prensa regional, como lo revela la publicación en la revista *Mosquito* que le representó con una impronta romántica en el círculo de entramado gris que cubre el fondo, contrastando con el retrato convencional de Popper, al que se describe en el texto con atributos del sujeto profesional, extranjero, joven, aventurero, culto, cosmopolita, políglota, científico y observador (Figura 1).

⁶ En relación a esta figura véase el siguiente link: https://es.wikipedia.org/wiki/Ram%C3%B3n_Lista (29 de noviembre 2021).

Las fotografías de la expedición Popper a Tierra del Fuego

Punta Arenas

Un total de dieciocho personas se embarcaron el 6 de septiembre de 1886 hacia una aventura en la que estaban “dispuestos todos a no retroceder ante ninguna dificultad” (Popper, 1887, p. 2). El grupo expedicionario partió desde Buenos Aires hacia Montevideo con una recua de mulas, algunos caballos, carpas, arneses, armas y víveres. Popper llevaba además instrumental geológico y un equipo fotográfico completo. El 17 de septiembre desembarcaron en el puerto chileno de Punta Arenas, como bien lo recuerda Braun en sus memorias, dedicándole un apartado y varias menciones de la visita de Popper a la ciudad y de su exploración en Tierra del Fuego durante su juventud:

Más espectacular que el paso de Venus por el cuadrante solar fue para Punta Arenas el paso de Julio Popper. Llegó este personaje en un día de setiembre de 1886 en el barco de la cartera desde Montevideo acompañado del ingeniero de minas Julio Carlson, un par de ayudantes y una guardia pretoriana de unos dieciséis individuos uniformados bien armados y mejor abastecidos. Los uniformes de los susodichos soldados no eran chilenos ni argentinos; su diseño era tan sólo fruto de la audaz imaginación del propio jefe de expedición: Llevaban en la cabeza una especie de morrión de tipo húngaro y una guerrera que podría haberle sido inspirada a Popper por los soldados de su patria de origen, rumano amén de un traje de fajina y sendas capas de agua del mismo tono. Lo que causaba estupor consistía en haber exhibido su guardia uniformada durante su estada en Punta Arenas. La primera explicación que nos dio fue que tenía corno meta la Tierra del Fuego de jurisdicción argentina y que en Punta Arenas estaría tan sólo de paso (Braun, 1985, p. 86).

Así fue su debut público en territorio chileno –el mismo día que se festejaba la llegada de un nuevo presidente al gobierno chileno, José Manuel Balmaceda–, junto a su “ejército de expedicionarios” que quedó grabado en el imaginario colectivo, en relatos epocales y no epocales, que se refieren al paso de Popper por Punta Arenas y la Isla Grande de Tierra del Fuego. En efecto, la expedición armada y de corte militar fue justificada en función de los permisos argentinos y por los peligros que había que sortear en tierras en gran parte desconocidas y habitadas por “salvajes”, refiriéndose a la población selk’nam que se movilizaba aún en el sector norte de la isla, en medio de los primeros asentamientos mineros y estancieros, así como de expediciones militares. Esta guardia armada, que ostentaba atuendos exóticos, propios de ejércitos prusianos y orientales, causó impresión entre la reducida población, porque también



Figura 2. “Punta Arenas. Recepción del Gobernador”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

fue común que Popper fomentase entre ellos rituales marciales propios de los ejércitos europeos. En un terreno cercano al muelle de pasajeros se levantó el campamento, compuesto por una llamativa carpa circular y varias carpas más pequeñas, todas blancas. Rápidamente Popper se contactó con autoridades locales y, junto a sus hombres, se presentó ante el gobernador Francisco Sampaio de Punta Arenas para una recepción formal. La fotografía nos muestra el enclave, el campamento, expedicionarios y desconocidos.

Esta imagen deja ver, en un segundo plano, al poblado de Punta Arenas que había sobrevivido hasta entonces a diversos embates y se constituía de un total de población no superior a los 2.000 habitantes, la mayoría chilotes y extranjeros, provenientes de diversos lugares del mundo. En el primer plano se enmarca el campamento desde un ángulo semi-diagonal, que se produce como efecto entre el encuadre del plano general de la foto y la alfombra blanca que recorre en diagonal el espacio que separa las dos carpas: la principal atrás, al centro, y la más pequeña en el borde inferior izquierdo. Al mismo tiempo, el hombre parado al centro de la franja blanca podría ser el gobernador, que

mira hacia la cámara y separa los difusos grupos humanos que representa la imagen. Al fondo a la izquierda se distinguen hombres uniformados y armados, al igual que en el frontis de cada carpa. Los hombres parados en la hilera de la izquierda parecen ser los expedicionarios con Julius Popper entre ellos. A la derecha, en cambio, parece tratarse de varios miembros de la comitiva chilena y de algunos uniformados, ciertamente un acontecimiento que no pasó desapercibido a la otrora emergente sociedad puntarenense, como lo recordara Braun Menéndez. El pie de foto entrega la coordenada espacial que permite contextualizar la imagen fotográfica, también de acuerdo a la información que entrega Popper en el informe de su viaje, en relación a su breve estadía de paso por Punta Arenas:

Nos hallábamos en una localidad cuya posición geográfica, comercio e industria le imprimían un tipo original, distinto por entero a cuanto hasta entonces había conocido. Situada casi en el centro del Estrecho, la colonia de Magallanes fue establecida hace unos cuarenta años, y sirvió de confinación de delincuentes, hasta que, en 1877, penados y guardianes unidos se amotinaron, destruyéndola en gran parte. La colonia cuenta hoy con un número aproximado de 1800 habitantes, de todas nacionalidades, formando un centro de recursos y provisiones para los establecimientos pastoriles fundados, desde hace poco, a lo largo de la costa Norte del estrecho, así como ofrece iguales servicios a los buques que anualmente salen hacia la costa Sur de la Tierra del Fuego, en busca del lobo marino.

En los últimos años, el naufragio del vapor *Artic* y el descubrimiento de oro en el Cabo de las Vírgenes, han contribuido poderosamente al desarrollo de esta colonia, y sus habitantes hacen alarde de no haber dejado en el casco del buque ni en las arenas del Cabo, nada absolutamente que merezca la pena de mencionarse (Popper, 1887, pp. 76-77).

El corpus fotográfico y los álbumes

Tal como lo indica el pie de foto impreso en la imagen fotográfica –que se reproduce en papel y se adhiere al soporte del álbum fotográfico que la exhibe a gran formato en página completa–, la ilustración de la expedición comenzó con una serie de fotografías dedicadas a dejar testimonios visuales de su breve paso por Punta Arenas. En efecto, la fotografía forma parte de un corpus mayor, correspondiente a una cantidad desconocida de imágenes que fueron tomadas en la antesala y durante el viaje de exploración que realizó Popper, junto al grupo de expedicionarios, al sector noreste de la Isla Grande de Tierra de Fuego y en cuyo recorrido atravesó territorios transnacionales chilenos y argentinos. En el transcurso de la travesía se fijaron más de cien

imágenes fotográficas por medio de “una cámara plegable, construida en madera, y adaptada para admitir placas de vidrio de 16,5 cm x 21,1 cm” (Gómez, 1996, p. 18). No sabemos mucho más sobre la cámara, además de lo señalado por Gómez y que la cámara portátil fue facilitada por Francisco Ayerza. Tampoco sabemos cuántas fotografías fueron tomadas y quién fue el fotógrafo. ¿Funcionó con sistema de relojería? ¿Fue Popper el autor intelectual y el fotógrafo de la expedición? Como hipótesis podríamos afirmar que es posible que se haya tratado de un mixto de *operators*⁷, es decir, Popper encuadraba o aprobaba las escenas fotográficas que se ofrecían ante la vista durante el viaje. Como nos revela el corpus, en varias fotografías aparece Popper en tanto referente fotográfico, por lo que cabe pensar en un sistema automático que permitiese encuadrarlo, o bien en un segundo fotógrafo que permanece en el anonimato, siendo atribuidas las autorías de las fotografías al primero.

En efecto, en la conferencia –transcrita e impresa en varios dispositivos y formatos– que presentó Popper en 1887, en el Instituto Geográfico de Buenos Aires, realizó una amena narración del viaje exploratorio, entregando diversos detalles apoyado por sus notas de viaje, así como de la exhibición de diversos objetos y fotografías que sirvieron como pruebas, registros documentales y trofeos testimoniales del viaje exploratorio:

Las fotografías fueron también trofeos de una exposición que Popper organizó inmediatamente después de su viaje en Buenos Aires y que inauguró con una conferencia sobre Tierra del Fuego. Fueron presentadas en álbumes que contenían diversas fotografías de la expedición y que sirvieron de regalo a varias personalidades, como el presidente de Argentina Juan Celman. La Sociedad de Geografía y algunas familias influyentes recibieron también las imágenes (Palma, 2013, pp. 276-277).

La conferencia y una parte de las notas de viaje fueron impresas y transformadas en láminas textuales de varias columnas, las que encabezaron los álbumes de gran formato –33,5 cm x 25,5 cm x 7,3 cm–, para luego dar espacio a las 101 láminas fotográficas con pies de fotos impresos en cada una. Las láminas se despliegan a medida avanza de fotografía en fotografía, de imagen en imagen, lo que mantiene al espectador de dicho dispositivo visual

⁷ Barthes se refiere a las diferentes operaciones que son parte del accionar fotográfico entre ellas la del operador, es decir el fotógrafo, el ojo que mira y manipula el aparato fotográfico seleccionando tomas, ángulos, puntos de vista que son elementos que dan cuenta de su condición de filtro de la realidad que selecciona y de cómo la da a ver tomando en cuenta una serie de factores y decisiones conscientes e inconscientes. En relación a la misma figura Kossoy sitúa al fotógrafo, el observador en un lugar constitutivo de la toma fotográfica que no tiene nada de inocente.

con toda la atención puesta en los motivos fotográficos que se presentan a la vista, los que ilustran, con una estética documental realista, un centenar de momentos congelados durante el viaje exploratorio.

Las imágenes fotográficas se articulan con el relato textual de los pies de fotos y con algunos pasajes de la conferencia, así como con las notas que Popper transcribió en base a registros escritos *in situ* durante la expedición. De hecho, tras leer el texto y mirar todo el álbum, se advierte que las fotografías se montaron para crear un relato visual diacrónico del viaje exploratorio, complementario al que se desprende de la narración y que se enlaza por medio de los pies de fotos de las imágenes en una suerte de articulación intermedial. Con ello se provee al corpus visual de un discurso que permite colegir un contexto de producción básico de dichas fotografías en el seno de la expedición en cuestión. Sin embargo, lo que se enuncia es un comentario general, pues cuando se intenta indagar en cada una de las fotografías, se advierte que del conjunto solamente hay cuatro que mencionan las “coordenadas de producción” exactas, es decir (tiempo/espacio) de las tomas fotográficas. Este



Figura 3. Croquis mapa expedición a la Isla Grande de Tierra del Fuego 1886. Fuente: Colección Archivo documental, Museo Regional de Magallanes.

problema fue abordado recientemente en un proyecto Fondart que investigó el itinerario de la expedición, intentando rastrear, de acuerdo a georreferencias de las fotografías y notas de viaje, las coordenadas precisas de las imágenes, llegando a la conclusión de que en la mayor parte de los casos es muy difícil reconstruir la coordenada espacial exacta en terreno, es decir, encontrar “el punto de vista” desde donde se encuadró/enmarcó cada imagen en cuestión⁸. No obstante, sí es posible confirmar a grosso modo los diversos hitos geográficos visuales que documentan la ruta del viaje que cartografió en un croquis y luego en un mapa, impreso con el sello de Popper.

Tal como lo representa el mapa, la expedición siguió dos rutas paralelas: la del transporte de carga y la del “personal técnico” que iba provisto de instrumental de mediciones científicas y de la cámara fotográfica. Todos se embarcaron en Punta Arenas en el Vapor Toro⁹ que los cruzó por el Estrecho de Magallanes hasta Bahía Porvenir. En términos técnicos, allí partía la expedición terrestre en territorio chileno, la que se dirigió hacia la frontera para cruzar al país vecino a realizar la expedición de reconocimiento, apoyada por el gobierno argentino. La expedición duró en total cuatro meses primaverales, entre septiembre y diciembre de 1886. Durante el transcurso de la misma, Popper registró, aparte de información etnográfica referida a fueguinos y de la población dispersa que encontró a su paso, datos climáticos, topográficos, geológicos, geográficos, botánicos y zoológicos. De hecho, una parte importante de su trabajo lo dedicó a la labor cartográfica y a la toma de fotografías del territorio.

En cuanto al contenido icónico del corpus fotográfico, que se repite en los diferentes álbumes que se conocen hasta dato, es posible una descripción categorizada de acuerdo a referentes comunes que son recurrentes o que forman series visuales complementarias: 1) Punta Arenas; 2) Autobiografía de la expedición: transporte, campamento, recursos, técnicas, actividades, hallazgos y técnicas auríferas, situaciones bélicas; 3) Isla Grande de Tierra del Fuego: territorio, geografía, paisajes, sitios, estancias, poblados, flora, fauna; 4) Etnografía de la isla.

La pregunta por el fotógrafo no es trivial cuando se mira el álbum en su conjunto y se observa lo metódicas que resultan las articulaciones entre las

⁸ Proyecto Fondart “Construcción de nuevas memorias desde las artes mediales: investigación y reactivación de colecciones: el caso del álbum de Julio Popper desde una perspectiva decolonial”. Museo Regional de Magallanes. Folio 555560.

⁹ En 1892 se fundará Puerto Toro en la Isla Navarino –ubicada al sur de la Isla Grande de Tierra del Fuego– en honor a la citada embarcación “Vapor Toro” que transportó a las primeras generaciones de exploradores en la región.

fotografías y los hitos registrados del viaje. El álbum no solo funciona como un dispositivo manual que involucra al cuerpo del espectador en una experiencia visual que lo dota de movimiento, lo envuelve no solo con la vista, sino con todo su cuerpo, en una acción de mirar detenidamente la secuencia de imágenes que se despliegan tras cada hoja que se pasa, creando un montaje visual del viaje para el receptor, inmerso en la experiencia del álbum y del relato. Fenomenal, si pensamos que su manufactura está en plena sintonía con la era inventiva de aparatos visuales de técnicas automáticas que precedieron al cinematógrafo y también con el desarrollo del espectador moderno¹⁰. El desarrollo de una variedad de dispositivos ópticos, como el estereoscopio, el zootropo y el álbum, entre otros, buscaron animar imágenes, es decir, articular relatos en base a la proyección de una secuencia de imágenes. La fotografía permitió fijar, registrar y documentar diversos referentes que fueron orquestados por un ojo que proyectó la fotografía de la expedición en el tiempo y sus usos, en tanto documento visual simbólico que sería valorado por la sociedad. La articulación de las fotografías en el álbum resulta, así, el montaje de un relato de la expedición que se auto representa como referente en la mayor cantidad de tomas fotográficas, siendo Popper el sujeto más fotografiado en diversidad de situaciones posibles.

Lo autobiográfico se desprende así del corpus fotográfico como una categoría principal de imágenes que documentan diferentes momentos de la expedición y de sus expedicionarios, en la primavera de 1886. Durante el viaje se tomaron en su mayor parte fotografías que muestran tanto al campamento como a los expedicionarios y también enclaves geográficos icónicos que se explican en los pies de fotos. Visto en su conjunto, se deja testimonio visual de diferentes momentos a lo largo de la expedición que retratan al campamento y los expedicionarios desde planos generales en los que se ocupaba la distancia y, no pocas veces, la altura, así como diversos ángulos fotográficos, también cercanos, de momentos cotidianos de la tropa descansando, cocinando, trabajando, comiendo o pasando el tiempo libre.

¹⁰ En efecto, Jonathan Crary (1990) realiza un estudio para analizar los cambios experimentados por el sujeto observador del siglo XIX a partir de un corpus original de investigación, basado en dispositivos ópticos –como el zootropo, estereoscopio, fotografía, cinematógrafo– y tratados decimonónicos de la visión y la percepción humana. Reconoce así transformaciones de orden histórico en relación al espectador moderno que dan cuenta de procesos de subjetivación e individuación propios de la modernidad acaecidos entre 1820 y 1830. Dichos cambios precedieron al invento de la fotografía; sin embargo, su producción automática y el valor que adquirió en los albores de la cultura de masa durante la segunda mitad del siglo XIX, entronó al medio fotográfico como símbolo cultural más importante de la modernidad.

Los planos generales y cercanos se alternan así para retratar al campamento de carpas blancas que caracterizaron a la expedición de Popper. Se trató, en su mayoría, de tomas generales que bien pudieron ser sacadas por los rutereros del transporte. Son así variadas las fotografías referidas al campamento y a los expedicionarios que no se alcanzan a reproducir aquí.

Esta variedad de vistas de la expedición y de los expedicionarios no es monótona ni uniforme, y de hecho constituye un relato documental de estilo realista que escenificó diversos momentos de la travesía a diferentes horas del día, momentos y situaciones, obteniendo una variedad de tonos grises que se despliegan a lo largo de las diferentes escenas en blanco y negro ante la vista del observador del álbum. Dado que se trató de una cámara con trípode, resulta interesante la habilidad física del fotógrafo o de los fotógrafos involucrados, para pensar en las diferentes escenas y planos, que permitieron luego articular de manera elocuente el relato del viaje. Es decir, hubo cuidado y planificación en aquello que se iba a registrar fotográficamente y en cómo y cuándo se haría, pese a que no se declare o se explicita en los registros escritos. La evidencia material también es en sí misma lo suficientemente elocuente sobre la importancia estratégica y paradigmática que tenían las placas de vidrio para la expedición, pese a su costo y peso.

En efecto, para mediados de la década de 1880, la fotografía ya era parte de un medio en expansión, globalizado y legitimado en procedimientos de una serie de nuevas disciplinas y saberes que, a su vez, trabajaron con la fotografía en tanto medio de representación automático y objetivo de la realidad (Pinney, 1992). En el campo de los hallazgos mineralógicos, toponímicos y geográficos, la fotografía fue fundamental desde que las técnicas y trípodes desarmables facilitaron su uso para viajeros, expedicionarios e ingenieros en terreno. Los registros de las expediciones científicas de mediados de 1880 ya contaban con fotógrafos para registrar de manera objetiva y detallada sus hallazgos, y la máquina fotográfica constituía un paradigma de la objetividad, propio de la imagen técnica a la que se le atribuía un estatuto irrefutable de verdad de la realidad representada, basadas en sus cualidades miméticas y analógicas (Kossoy, 2001). De acuerdo a la mirada paradigmática que suscitó en las primeras décadas, tras su invento como daguerrotipo en 1839, la fotografía fue considerada un documento visual de representación fiel de la realidad, un testimonio objetivo de la misma (Dubois, 1994). En esa lógica, lo autobiográfico resuena aquí también con dicho paradigma en la línea de la construcción de diversas escenas que, en definitiva, revelan la construcción de una representación parcial de la “realidad”, a partir de

la selección de diversos fragmentos de referentes –también la expedición y Popper– explotando su “efecto de lo real”. De hecho, las fotografías de la expedición detonaron todo el potencial que tenía dicha creencia para los diversos montajes fotográficos que realizó. Ello también lo llevó, no solo a utilizar la fotografía para revelar la presencia de la expedición, sino también su impronta militar en sus actividades y hallazgos de toda índole. En relación a esto ya he comentado antes que:

Los símbolos militares representados por los mercenarios contratados por Popper, organizados como una unidad profesional, se pueden ver mejor en las diferentes fotografías que ilustran diversos momentos y situaciones de la expedición, desde su llegada a Punta Arenas. [...] Es notable que, pese a haber sido una tropa de hombres mal pagada por Popper —que se aventuró a la región por el oro— las imágenes muestren como contraste a una tropa militar bien equipada, organizada y presentada. Popper le dio así un aire de seriedad a su empresa con el objetivo de obtener apoyo, tanto en Argentina —donde contaba con el apoyo del gobierno— como en Chile. Por ello organizó en Punta Arenas una recepción oficial para sondear apoyos posibles a su empresa (Odone y Palma, 2002, pp. 274-277; Palma, 2013, p. 273).

Casos fotográficos de la expedición en Tierra del Fuego

La siguiente fotografía ilustra un momento importante para la autobiografía del viaje en Isla Grande de Tierra del Fuego. La foto fue tomada en Bahía Porvenir, donde, además, se retrata en el plano de fondo la embarcación Vapor Toro, navegando en el estrecho de Magallanes, la misma que transportó a la expedición desde Punta Arenas.

El plano general construye una imagen que parece estar tomada en “tiempo real”, desde atrás, sin la atención de los retratados; sin embargo, no hay indicios de movimiento en la ella, lo que indicaría que está posada con la naturalidad de una expedición que mira al horizonte y a la modernidad simbolizada por la embarcación a vapor, en medio de un paisaje agreste. En efecto, este tono se cuela en la charla que se editó luego en formato escrito en el álbum, en relación a Bahía Porvenir. Popper señaló:

El nombre de esta Bahía trae su origen de las esperanzas concebidas al descubrir que los ríos comprendidos entre ese punto y la Bahía Inútil, arrastran oro en su marcha hacia el mar: pues se creyó entonces y hoy mismo se cree que un gran porvenir estaba reservado a aquel paraje. El oro es gran aliciente. Una chispa de oro encontrada en la superficie de la tierra, suele agitar más el ánimo de la muchedumbre que miles de hec-



Figura 4. “Bahía Porvenir. Primer campamento”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

táreas de pradera pastoril, de vergas fértiles y selvas exuberantes. ¿Qué importa si para hallar otra chispa se requiere el trabajo de muchas horas? Por algo hemos de vivir en el siglo del vapor, de la electricidad y de las poderosas máquinas. ¿No se habla de enormes cantidades de oro extraídas de las entrañas de la tierra, allí donde el trabajo individual no suele dar resultado alguno?

Cuando se oyen y difunden frases por el estilo, la epidemia aurífera está latente y no tarda en reclamar sus víctimas en todas las clases y esferas sociales... (Popper, 1887, pp.77-78).

El oro aparece en el texto como un objetivo patente y omnipresente. Efectivamente, la expedición debía dar cuenta de todo hallazgo pertinente a la explotación del metal, en cualquier fase de desarrollo en la isla. Este “motor” marcó la ruta a seguir; desde Bahía Porvenir la expedición avanzó hacia Bahía Inútil, para dirigirse en dirección este hacia la costa atlántica, siguiendo al río Santa María, según se aprecia en el mapa. Tal como relata en el informe, el avance por este tramo fue lento, dificultado por la naturaleza en forma de pantanos, zonas de tupida vegetación, pasajes de tránsito cubiertos de nieve y barrancas, propios de la naturaleza existente en este sector de la isla:

De la Bahía Porvenir hasta el Río Santa María, medía apenas un trayecto de tres leguas. Después de atravesar el pintoresco valle de los estrechos, hallamos que el terreno empieza a elevarse rápidamente; y franqueando algunos declives cubiertos en su mayor parte de pequeños arbustos, del *empetrum rhuhrum*, avanzamos por zonas pantanosas, que se alternaban con otras cubiertas de buen pasto, hasta encontrarnos frente a una gran quebrada extendida hacia el sur-oeste y en cuyo fondo serpenteaban ruidosamente las aguas amarillentas del río Santa María.

Las altas barrancas socavadas en el curso de siglos, por una corriente constreñida, dificultaron bastante nuestro descenso. A cada instante el terreno se desmoronaba bajo el peso de nuestro cuerpo y a menudo nos hallábamos suspendidos de las manos a treinta o cuarenta pies sobre el nivel del río (Popper, 1887, p. 78).

Popper registró diariamente sus observaciones, documentando las temperaturas, la velocidad del viento y los acontecimientos que fueron sorteados por el grupo expedicionario en su avance. En la siguiente fotografía, que lleva como pie de foto “marcha impedida por la nieve”, se aprecia una escena que deja ver un momento de especial dificultad para el avance de la expedición en terreno, justo al descender por laderas de cerros con nieve. Es interesante



Figura 5. “Marcha impedida por la nieve”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

el ángulo cenital de la toma y la posición precisa de cada hombre en la cadena de avance del transporte. La fotografía pareciera ser tomada nuevamente desde atrás, a cierta distancia, que sitúa al fotógrafo como narrador de una escena, mientras los retratados prosiguen el curso normal de sus acciones. Sin embargo, el hombre sentado en semi-perfil que hace un gesto ambivalente hacia la cámara y los hombres parados más atrás que miran hacia la dirección de esta, permiten comprender el juego ambivalente entre el tiempo real y el posado. Incluso los que “no saben” que están posando, ya que los miramos desde atrás, parece que sí lo saben, pues sus posiciones parecen exageradamente marcadas hacia atrás, lo que delata una orquestación mínima de la escena en cuestión. Cabe pensar que la toma fotográfica fue en parte dirigida, aunque en medio de una situación real que se estaba atendiendo y a la vez transformando en hito fotográfico y autobiográfico de la expedición.

La cita de Popper continúa con referencias al oro:

Siguiendo el curso de las aguas, a distancia de algunos metros, de pronto me hallé frente por frente de un lavadero aurífero, donde ocho hombres se ocupaban en depositar paladas de arenas dentro de una canaleta, a la cual se da el nombre de *Sluice*, atravesada por una fuerte corriente del mismo río. Mis esfuerzos acrobáticos para bajar la barranca, no habían desviado un solo instante la atención de aquellos hombres, concretada al trabajo, de manera que al verme de improviso, me miraban con una expresión poco halagüeña. Enterado el mayordomo de que mi objeto era fotografiar el lavadero, se tornó afable y logró saber que aquello pertenecía a un señor Cosme Spiro, de nacionalidad griego, y que trabajando sin interrupción alcanzaban a extraer de 30 a 40 gramos de oro diariamente, resultado que se considera bastante satisfactorio en aquella región.

Al bajar un par de millas, siguiendo siempre la marcha del río, encontré un lavadero análogo, establecido por un inglés, y obtuve, como resultado de mis interrogaciones, la noticia de que aquella propiedad acababa de ser adquirida por una empresa argentina. El sistema de explotación es idéntico al que se usa en todas partes donde se puede disponer de una corriente natural de agua. Recordaré sus principales rasgos:

Algunas cajas rectangulares, de 30 a 40 centímetros de ancho, por un largo de cuatro metros, telescopiadas en un declive de 5 por ciento y con una corriente de agua graduada, de manera que permita el descenso de las partículas de oro, las cuales por su gravedad específica caen y se depositan en la base, mientras la arena, más liviana, es arrastrada hacia la parte inferior del aparato (Popper, 1887, pp. 78-79).

La expedición minera se concentró tanto en la búsqueda de lavaderos de oro existentes, como en sitios vírgenes para la extracción del preciado metal y en la puesta en marcha de una tecnología básica que permitiera confirmarlo.

Para ello siguieron el curso del río Santa María, cruzando hacia territorio argentino hasta San Sebastián. Según registró Popper el terreno cambió dramáticamente pasado el meridiano 69° y 50’:

Pasado el meridiano 69° y 50’ el terreno cambia notablemente de aspecto.

Las montañas que hasta allí bañaban su base austral en la Bahía, siguen su curso hacia el Nor-este, y una gran pampa, ligeramente ondulada y desprovista de toda vegetación que merezca el nombre de arbusto, se extiende hacia la Bahía de San Sebastián, flanqueada a lo lejos por dos cordones de montañas casi paralelos.

Esta sábana de tierra plomiza está minada por el *ctenomys*, un roedor al cual en la república de Argentina se le llama vulgarmente como *tucu-tucu* y en Chile *cururu*. En este terreno se hacía en extremo difícil el tránsito de los animales cargados, pues en ocasiones los caballos se hundían hasta la rodilla en los huecos y pequeñas cuevas de que está sembrada esa zona. Inútil era buscar un trozo de tierra resistente, perdonado por la tarea del curioso tucu-tucu.

En cuanto abarca la vista no se distingue otra cosa que una pampa de aspecto desolador; el escaso pasto que la cubre, concurre con su color gris-amarillento a imprimirle un sello de singular melancolía.

Ni un sólo guanaco, ni un zorro siquiera para animar el paisaje: únicamente la antipática lechuza, que nos mira con enojo a un metro de distancia y que luego se eleva revoloteando en torno nuestro, para aturdirnos con su grito agudo, cual si quisiera protestar contra la presencia de nuestras cabalgaduras (Popper, 1887, p. 82).

El relato es elocuente y entrega dimensiones perceptivas de la experiencia individual y colectiva de la travesía, a través de un territorio cambiante que parecía una carrera de obstáculos naturales y humanos, de flora y fauna. Las fotografías, por su lado, nos dan a ver el territorio desde diversas perspectivas. Por ejemplo, varias de las imágenes del álbum se dedican a documentar noticias y hallazgos referidos al oro con etiquetas elocuentes: “ensayando con bateas”, “un centígramo de oro”, “en busca del vil metal”, tal como indica la etiqueta de la figura 6, tomada en medio de la pampa.

La imagen nos muestra en un primer plano un sitio de arenas y tierras estratificadas, junto a la actividad concentrada de cinco hombres en diferentes posiciones. Dos de ellos se ven en plano cenital, los demás en segundo plano, de pie, no atienden a la cámara. El hombre de barba, vestido con capa y gorro de piel, parado al centro de la franja, mira concentrado la excavación, mientras dos hombres trabajan con sus palas en el terreno. La fotografía escenifica la búsqueda de oro en terreno con un estilo demostrativo. No hay señales de movimiento en la imagen, por lo que el fotógrafo pudo bien



Figura 6. “En busca del vil metal”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

haber escenificado las posiciones de cada uno. De hecho, resultan llamativas las poses de los paleros que claramente se han detenido para congelar la imagen. Popper, parado al centro, representa al ingeniero pensante ante el sitio en excavación.

A su paso, la expedición también fotografió sitios y enclaves como los famosos ranchos mineros que se mencionan en la literatura y estaban dispersos por todo el territorio para este período. En un plano cercano, la figura 7 retrata en un estilo documental a los mineros en sus ranchos levantados en medio de una hondonada.

El informe público del viaje entrega con precisión y exactitud datos sobre diversos aspectos climáticos, meteorológicos, mineralógicos, topográficos, geológicos, geográficos, botánicos y zoológicos, a partir de sus tomas de notas, mediciones y fotografías. Provisto de los instrumentos necesarios para estas mediciones, como el barómetro y la brújula, Popper consignó a diario datos fijos que luego sistematizó, entregando una serie de observaciones, descripciones y apreciaciones generales de la isla. De hecho, como es sabido, bautizó varios hitos geográficos que presentó también en



Figura 7. “Rancho de mineros”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

la conferencia. Los mismos también fueron plasmados como imágenes del territorio: cabos, ríos, bahías, barrancas, llanos, valles, lagunas y playas, sirvieron de referentes a una importante serie de fotografías que se alternan con las de la expedición en el terreno. De este modo, se diferencian en el corpus aquellas imágenes fotográficas con y sin referentes humanos, como lo evidencia la figura 8.

La fotografía representa al hoy día conocido río Grande, mismo lugar que Popper propuso como centro urbano de la isla en el informe. Popper lo llamó Juárez Celman, junto a otros ríos que también bautizó como “Carmen Sylva”, “Río San Martín”, “Río Cullén” y “Río Alfa”, destacando que:

El mayor de estos ríos –que hemos denominado Juárez Celman, en honor del nuevo Presidente de la República, que se recibía del mando casi en la misma fecha que nosotros encontrábamos aquel importante caudal de agua,– toma su origen en las perpetuas nieves de la cordillera, y serpentea a través de todo el centro de la Isla.

Durante el tiempo que observé este río, a principios del mes de noviembre, su rapidez era de un metro 10 centímetros por segundo, y el ancho mínimo que encontré en los



Figura 8. “Río Juárez Celman”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

momentos de baja marea y en un curso de veinte kilómetros, desde su embocadura, fue de setenta metros, mientras que en las altas mareas presentaba un ancho de ochocientos. Su agua es transparente y presenta en la superficie una temperatura de ocho grados centígrados. Como no presumía encontrar en esa isla tan importante arteria fluvial, me encontraba desprovisto de los elementos necesarios para determinar con exactitud los grados de navegabilidad de este río. Creo, sin embargo, por lo que he visto y examinado, que en el porvenir prestará seguramente grandes servicios al desarrollo industrial de aquellas regiones (Popper, 1887, pp. 88-89).

De hecho, esta mirada proyectiva de río Grande sería realidad al poco tiempo. Su previa representación sintética en torno a la isla es más sintomática aún del mismo fenómeno:

Físicamente, ese territorio puede ser dividido en grandes regiones de naturaleza, clima, constitución geográfica y vegetación totalmente distintas.

La primera comprende el Sur-oeste de la Isla, con cordilleras nevadas, los bosques y los canales: en esta región habitan los indios Jaghan y Alicaluf, una raza de pequeña estatura, casi raquíta.

La segunda es la región Nor-este, desprovista en mayor parte de árboles, donde el bosque está sustituido por dilatadas pampas, y cuyos habitantes son exclusivamente los Onas, una raza de indios robustos, ágiles y de imponente estatura.

Es en esta región donde está comprendida la mayor parte de la Tierra del Fuego argentina, y ha sido a su detenida exploración que he dedicado mi último viaje, sobre cuyo éxito me cabe el honor de disertar (Popper, 1887, pp. 87-88).

En efecto, la mirada dicotómica de la isla que entrega Popper, resuena con descripciones de generaciones –previas y posteriores– de viajeros y exploradores: arriba la pampa, el desierto, abajo la selva y la montaña. Lo mismo en relación a sus habitantes (arriba los gigantes, abajo los bajos) a los que Popper esperaba como inminente peligro de grupos armados, según relata y sugiere en varios pies de fotos¹¹. De hecho, fue en territorio argentino cuando la expedición siguió rumbo al norte de San Sebastián y encontró a su paso cañadas de ríos, en cuyos alrededores avistaron por primera vez a quienes Popper designó como “habitantes de Tierra del Fuego”:

Fue en una de estas cañadas donde por primera vez vimos a los habitantes de la Tierra del Fuego. Había dejado a cierta distancia el transporte, adelantándome con dos hombres que me acompañaban, cuando de pronto nos hallamos a pocos pasos de un grupo de veinticinco o treinta indios, que eran seguidos por algunos perros.

Nuestro primer impulso fue el de ponernos a la defensiva, preparando nuestros Winchester, y observamos que los indios hacían otro tanto con sus arcos y flechas; pero después quedamos un momento inmóviles, examinándonos recíprocamente.

Me pareció entonces oportuno agitar un pañuelo en sentido amistoso; pero esto produjo un efecto en extremo, pues los indios, como impelidos por simultánea impresión, emprendieron la fuga, atravesando el río (Popper, 1887, p. 83).

El primer encuentro entre Popper y los selk'nam transmite la experiencia de un momento central en la comunicación que se vuelve imagen y gesto cultural vacío: su seña improvisada con el pañuelo blanco. El emisor recurre, sin pensarlo, a un gesto clave, en medio de una situación tensa que se comprende como señal de fuga y lo deja perplejo. El encuentro no tiene nada de épico; de hecho, retrata lo casual del mismo y la cruda sensación de extrañeza entre ambas partes, los habitantes de la isla –desnudos, pintados y provistos de arcos y

¹¹ En relación a la mirada dicotómica y sus genealogías ya he comentado antes sobre las relaciones emparentadas entre las fotografías de Martín Gusinde y el repertorio de imágenes previo existente sobre los selk'nam, destacando la representación de esta dicotomía en estereotipos como los de la caza por ejemplo. En dicho análisis ya he tratado la figura de Popper en tanto cazador y asesino de indígenas (Palma, 2013, pp. 268-283).

flechas– y los extraños forasteros que vestían uniformes y portaban armas. No eran buenas noticias para la comunidad selk'nam, aunque no eran los primeros extranjeros que se movilizaban por esas latitudes de la isla, como sabemos.

Los encuentros con la población fueguina se repetirán en diversas ocasiones durante la travesía, de acuerdo al registro escrito y fotográfico de Popper. De hecho, en la antípoda del oro, de la promesa de una vida grandilocuente y próspera, estaba la imagen del indígena como seres a los que se debía civilizar. Por eso la impronta militar de la expedición estaba dirigida a los indígenas y a los forajidos: era un mensaje que anticipaba su erradicación, pues implicaban a sus ojos –y a los de una cultura de expansión imperialista y capitalista– un inminente peligro y un obstáculo para el desarrollo “civilizador” de la región. De hecho, entre las imágenes del álbum casi no se visualizan en tanto referentes visibles, a excepción de las fotografías que representan sus cuerpos inertes. En relación a la “muerte exhibida” de supuestos cadáveres indígenas, ya hemos referido en otro artículo cómo se escenifica un momento de lucha que no pudo haber sucedido en tiempo real (Odone y Palma, 2002; Palma, 2008, 2013). La invisibilización de lo indígena en el cuerpo fotográfico se constata en la información general que entrega de ellos a lo largo del informe. Lo que mejor los representa es su ausencia, visible en el corpus fotográfico y más bien su referencia invisible, en tanto peligro inminente e insoslayable para la expedición. La figura 9 representa la “alerta” ante el peligro que acechaba al campamento a los pies de una barranca.

La imagen fotográfica nos da a ver el campamento de la expedición Popper, montado a los pies de una barranca, que se transforma en trinchera defensiva, en “alerta” ante un enemigo que se encuentra fuera del margen visible de la fotografía. La imagen forma parte del repertorio autobiográfico en el que se representa el peligro salvaje por medio de la estrategia de mostrar al “ejército expedicionario” alistado y en posición estratégica para defenderse y atacar una posible emboscada.

En efecto, a lo largo del relato los fueguinos se representan como sujetos en grupos, sin rostro reconocible, con los que no era posible una comunicación fluida, sujetos que huían rápido y que abandonaban a sus mujeres viejas o enfermas a su suerte en medio de la pampa, entre medio de tolдерías deshabitadas. En efecto, antes de llegar a la bahía de San Sebastián, Popper refiere nuevamente un encuentro que no fue tal:

La Bahía de San Sebastián debía estar cerca, y deseando cerciorarme de su proximidad, me adelanté hacia el Este, seguido de cuatro hombres, llevando a la vez el aparato fotográfico, por lo que pudiera ser útil en las ocurrencias o accidentes del camino.



Figura 9. “¡Alerta!”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

A pocas cuadras notamos ya gran animación en el campo, pues unos cuarenta indios corrían en todas direcciones; y al salvar una pequeña eminencia, divisamos algo como una imponente aglomeración de hombres, armados de arcos y flechas, en actitud de tomar la ofensiva.

Aquel cuadro nada tenía de atrayente; pero aún cuando vacilamos un instante, fue forzoso avanzar a fin de no revelar un temor que en aquellos momentos podía perjudicarnos; y disponiendo de mis hombres en línea, guardando una distancia de diez metros aproximadamente entre uno y otro, adelantamos de frente, paso a paso, haciendo siempre señales amistosas.

A poco rato reconocí que nuestra actitud circunspecta y nuestros ademanes de paz no se dirigían a calmar las desconfianzas y preparativos hostiles de una turba de indios, sino a la inconsciencia de unos cincuenta perros, que poblaban una toldería abandonada, –toldos de forma tan primitiva y miserable cuanto es posible imaginar. Era efectivamente una obra muy inferior a mucho de lo que está al alcance de ciertos animales (Popper, 1887, p. 85).

En lo que sigue, Popper describe los hallazgos de restos animales y de comida en el campamento, y el encuentro con una mujer mayor desconocida, a la que denigra en su descripción textual llena de exclamaciones discriminatorias:

El suelo aparecía cubierto de huesos de guanacos, conchas de mariscos, pieles de *tuco-tucos* y restos de aves; y en medio de estos despojos se destacaba un cuerpo humano agitando los brazos y tartamudeando sonidos guturales, que, en virtud de una repugnante desnudez, ponía a nuestra vista las formas de una mujer vieja y horrible, que no tendría menos de 75 años de edad.

Entabladas en cuanto fue posible las relaciones amistosas, gracias a un pañuelo rojo y a una caja de fósforos suecos que le hice aceptar, traté de entenderme con ella: pero todo fue inútil. Tampoco me fue posible reproducir fotográficamente aquel curioso ejemplar de la especie humana.

Cada vez que me vio preparar el aparato, cubriéndome con el paño negro y bajando hacia ella el objetivo, la vieja debió creer que amenazaba su vida, pues daba muestras de un terror indescriptible.

Gesticulaba horriblemente, se agitaba en contorsiones desesperantes, daba grandes saltos y gritos, y concluyó por último abrazándose a los pies del trípode, con notoria, aunque estéril, intención de destruir el aparato. No hubo medio de tranquilizarla, por más que ensayé todo género de esfuerzos; y desesperado al no poder entenderme con esta raza de hombres, emprendí el retorno, seguido siempre del concierto canino, que no había cesado un momento (Popper, 1887, p. 85).

La cita es elocuente no solo como testimonio de un discurso discriminatorio de género, racial y etario, sino también por la resistencia que informa en relación al mundo femenino y a la toma de fotografías. ¿Se trataba realmente de primeros encuentros? Es sintomático que en todo el corpus fotográfico los fueguinos sean representados en tanto sujetos invisibles a la distancia, abatidos en el campo de batalla o como mujeres abandonadas en la pampa. La figura 10 manifiesta las menciones que hace Popper a estas anónimas mujeres, habitantes fugitivas de la pampa.

La imagen muestra en el primer plano a una mujer fueguina, sentada en medio de fardos de paja en el suelo, envuelta en una capa de guanaco y frente a un toldo en semicírculo, construido con ramas, paños y paja. La figura aparece, empero, fuera de foco, su rostro muy poco nítido, posiblemente por el movimiento de su cuerpo. ¿Sería la misma mujer que describe más arriba, la que se resistió a las tomas fotográficas? El toldo y la pampa se corresponden con el espacio descrito, lo que tornaría conjeturable entonces que aquella desconocida mujer mayor plasmara su resistencia dejando huella de su movimiento en la imagen, que fijó una figura fantasmagórica, borrosa, porosa, inclasificable (Barthes, 1989), en la semi-soledad de la pampa. En efecto, al costado derecho y en un tercer plano aparece como de casualidad, un jinete expedicionario: ¿Popper, semi-desenfocado? ¿Fue un instante no



Figura 10. “Toldo fueguino”, “Tierra del Fuego. Expedición Popper”. Fuente: Álbum fotográfico Julio Popper 1886-1887. Colección Archivo fotográfico, Museo Regional de Magallanes.

planificado del momento fotográfico? ¿Un momento fallido? Resulta casi exagerado pensar, de hecho, que el gesto del jinete que ignora la acción automática que ocurre en torno del primer plano fuese “arreglado” para la foto. Pero dadas las dotes escenográficas que hemos advertido en el corpus fotográfico hasta ahora, sería plausible pensar que lo que tenemos a la vista es la representación de una fría indiferencia, cuyo punctum (Barthes, 1989) fotográfico se encuentra en el tercer plano. Esa “no” mirada connota no solo su falta de interés en el plano de las cuestiones no dichas, en el mundo de los gestos, de las acciones del fluir social, de un posible momento de descuido; ese perfil también representa el empoderamiento del cuerpo que se reproduce en el lenguaje discriminatorio, el que se despliega cuando se refiere a encuentros con fueguinos. Resulta, así, una imagen única en el corpus, un instante congelado que en su ambivalencia denotativa y en yuxtaposición con el discurso contextual nos permite apreciar cuestiones sutiles a nivel simbólico. De este modo, el hecho de que fuera parte de su selección entre las fotografías que figuraron en el álbum, confirma, al menos, lo políticamente correcto que resultaba mostrar una imagen como esta en los círculos políticos, científicos, económicos, sociales y culturales de Buenos

Aires por los que se movilizó, jactándose de una autopercepción de superioridad humana y masculina que no fue ajena a su época y que naturalizó el racismo y la misoginia, lo patriarcal y marcial en discursos que se tildaron de civilizatorios, modernos y científicos. De hecho, la burda literalidad de estas imágenes, políticamente “correctas”, estaban alineadas a la política de exterminio indígena, liderada por el comandante Julio Roca en la Patagonia Argentina entre 1878 y 1885 (Bascopé, 2010). En relación a este aspecto ya nos hemos referido antes (Odone y Palma, 2002), a propósito de la “muerte exhibida” de indígenas en las que Popper se fotografió como héroe de una batalla con “atletas fueguinos”:

Pero el punto culminante de su producción fotográfica fue sin duda la escenificación de un hombre anónimo muerto. La escena tiene una clara intención narrativa que habla del dominio del hombre blanco europeo en un conflicto bélico. De manera implícita el dominio es absoluto y desborda los márgenes fotográficos, ya que la manipulación del cadáver resulta obvia en una mirada más detenida de la imagen (Palma, 2013, pp. 275-276).

En este artículo no se reproducen las cuatro imágenes más conocidas que representan la muerte de fueguinos desconocidos, tras abatirse mortalmente con las tropas expedicionarias como lo relatara Popper. De hecho, fueron aquellas fotografías las que le han dado mayor fama en el tiempo. Como es sabido, las mismas siguieron diferentes derroteros a los álbums y sirvieron para ilustrar el exterminio indígena en la isla en posteriores relatos históricos, descontextualizándolas de sus coordenadas de producción:

La Sociedad de Geografía y algunas familias influyentes recibieron también las imágenes. La difusión de las fotografías en círculos políticos y aristocráticos da cuenta de las nociones de raza en los círculos de poder que no debieron alarmarse por la imagen del fueguino muerto. Popper fue reconocido en Buenos Aires, donde logró contactos estrechos en círculos políticos y sociales de la aristocracia y oligarquía, los que financiaron su segunda expedición para instalar una minera para el lavado de oro en el norte de la isla. La fotografía pudo haber tenido opositores, como ocurrió en las sociedades misioneras, pero en los círculos de gobierno y para las sociedades capitalinas no eran tema de escándalo. La imagen que entrega Popper es sobre todo optimista y categórica en cuanto al exterminio de indios a los que describió de bélicos. El exterminio llevado a cabo bajo el gobierno de Julio Roca, algunos años antes, muestra el tono radical de parte del Estado que echó a andar la maquinaria de exterminio entre pueblos originarios (pampa mapuche, ranquel, tehuelche) de la Patagonia, *Puelmapu* en voz mapuche. El espacio conocido como Tierra del Fuego fue frontera doble del sur de Chile y Argentina.

Aquí, lejos del poder central y con gran autonomía, el hombre blanco emprendedor podía realizar sus fantasías más violentas, torcerlas, manipularlas, representarlas y difundirlas con un efecto positivo. La fotografía funciona como propaganda de legitimación a su liderazgo y refleja hasta cierto punto ideas populares raciales y discriminatorias (Palma, 2013, p. 277).

Resta señalar que los registros etnográficos durante la conferencia no solo se limitaron a textos y a unas pocas fotografías, que en rigor funcionaron desde la lógica de la “no representación” y de su estigmatización como seres “salvajes” “peligros” y “abyectos”, siguiendo la misma cadena de designaciones peyorativas que Darwin había atribuido a los fueguinos para situarlos en los eslabones inferiores –en tanto razas primitivas– de la cadena evolutiva la humanidad, sino que también exhibió la cultura material que recopiló en terreno, lo que de alguna manera suplía la ausencia de un retrato fotográfico de los habitantes de Tierra del Fuego.

Comentarios finales

Diversos fueron los derroteros que siguieron las fotografías después de la repentina muerte de Popper, ocurrida en 1893 en Buenos Aires, luego de haber montado, junto a su hermano, las famosas instalaciones del Páramo que le dieron la fama de conquistador, posterior a 1886. Tras la expedición y la legitimación de sus resultados en Buenos Aires, Popper regresó a instalarse a la isla, para realizar su proyecto de explotación aurífera, logrando importantes resultados y una fama que fue parte de lo que se resignificará en relación a su memoria a nivel regional. Así, pasó rápidamente de la fama a la infamia. Las fotografías, como sabemos, “cobraron vida propia” y fueron resignificadas en las historias locales y regionales décadas más tarde, cuando nuevas generaciones de viajeros las encontraron y utilizaron para referirse a la historia del exterminio indígena. La memoria del controvertido rumano trotamundos quedó rondando en la región por varias generaciones hasta hoy día, como un velo negro que cubre la memoria de su paso por la isla. A la base de dichos relatos se encuentran los álbumes casi idénticos y sus trayectorias hasta los archivos que deben seguir desclasificándose a la luz de nuevas investigaciones.

Al volver a mirar el álbum, puesta la atención a su conjunto y visto en perspectiva, sigue siendo evidente la manipulación de la representación de lo indígena y de su invisibilización y exterminio simbólico en el espacio público

y científico. Para ese entonces, la lógica del exterminio indígena real ya había arremetido de manera violenta en este sector inexplorado, con la llegada de las tropas de Ramón Lista en San Sebastián y alrededores, así como también de forasteros, estancieros, misioneros y forajidos de diversos lugares del mundo, confrontados a la rudeza de la vida en la soledad de las pampas.

Siguiendo diversas lógicas representacionales de la expedición, se han revisado varios casos seleccionados del corpus fotográfico, que han permitido apreciar lo autobiográfico, escenificado y artificial de las situaciones que se representan. El o los fotógrafos sabían que estaban construyendo con cada fotografía las piezas de un relato, de una aventura grupal exclusiva. El nivel de construcción de una serie de imágenes es tan evidente, que da cuenta de la articulación de estereotipos previos que provienen de historias marciales, triunfales, de un modo de representar y de escenificar el orden y la acción, creando una visualidad y fijando acontecimientos visuales –en este caso fotográficos– propios de la pintura de guerra, por ejemplo.

Popper jugó con la cámara y con los expedicionarios, y realizó un verdadero “blog” de su propia travesía. El hecho de que aparezca fotografiado en gran parte de las imágenes del álbum nos recuerda al fenómeno más actual de la *selfie*. Lo lúdico y sus dotes como director y actor son indiscutibles, lo que lo dota de un particular sentido del humor y no poca falta de egotismo, rasgos que comparten sus biógrafos. La serie de autorretratos fueron parte, no solo de una estrategia de legitimación, sino también de un modo de visualizarse, que tuvo que ver con una estrategia visual y literaria en tanto táctica política. Es decir, más que romántico, fue pragmático, lúdico y lúcido. Popper se desarrolló en una cultura política que cultivaba y valoraba las apariencias, y eso fue lo que explotó, ajustando su imagen y la de su proyecto a estereotipos modernos del triunfo marcial, civilizatorio y científico, todos *clichés* que llevó al paroxismo, pues fue capaz de crear y “vender” una imagen propia adecuada en su tiempo. Popper supo que la imagen valía más que mil palabras y que era más efectiva y directa aún en la esfera pública. El viaje no solo le permitió entonces explorar el territorio, sino explorarse, verse, admirarse, exaltar su imagen de hombre blanco, conquistador y protagonista de su propio *western*; por fin encontraba una aventura digna de lo que sería una novela moderna, acontecida en escenarios lejanos, sublimes y cuyas aventuras salvajes van de la mano con los desafíos que representaban los ideales del progreso, el capitalismo y los tiempos modernos. Era la ocasión para realizar los autorretratos de su vida. Y así fue... En estos retratos, desprovistos de toda aura y carentes de empatía con la *otredad*, hechos para ser aplaudidos por la masa

al mostrar los trofeos de la caza militar y de la barbarie civilizatoria, Popper revolcó su ego, el que invistió de rigor científico y militar. Los derroteros de los álbumes por bibliotecas y colecciones privadas han sobrevivido hoy día como piezas de patrimonio histórico que requieren de renovadas revisiones de sus contenidos. Este artículo espera ser una contribución inicial a esta reflexión crítica, al tensionar diversas miradas, contextos y voces, abriendo nuevas interrogantes y reflexiones a la puesta en valor de dichos materiales para la historia regional y cultural.

Bibliografía

- Barthes, R. (1989). Nota sobre la fotografía. En *La cámara Lúcida*. México: Paidós Comunicación.
- Bascopé, J. (2010). Sentidos coloniales I: El oro y la vida salvaje en tierra del Fuego, 1880-1914. *Revista Magallania*, 38, 5-26.
- Benjamin, W. (2008). Pequeña Historia de la Fotografía. En *Sobre la Fotografía*. Valencia, España: Pre-Textos.
- . (1989). La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica. En *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.
- Braun Menéndez, A. (1971). *Pequeña Historia Fueguina*. Buenos Aires: Ed. Francisco de Aguirre.
- Braun, M. (1985). *Memoria de una vida colmada*. Buenos Aires: Establecimiento gráfico S.A. Chilavert.
- Canclini, A. (1993). *Julio Popper: Quijote del oro fueguino*. Buenos Aires: Emecé.
- Crary, J. (2008). *Las técnicas del observador. Visión y modernidad en el siglo XIX*. Murcia, España: CENDEAC.
- Dubois, P. (1994). *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- Gómez, J. (1996). Julio Popper: Un contradictorio personaje en nuestra Tierra del Fuego. Historia de la Fotografía. *Memoria del 5º Congreso de Historia de la Fotografía en la Argentina*, 17-24.
- Kossov, B. (2001). *Fotografía e Historia*. Buenos Aires: La Marca.
- Lewin, B. (1967). *Popper, un conquistador patagónico: sus hazānas, sus escritos*. Buenos Aires: Editorial Candelabro.
- Lewin, B. (1974). *Quién fue el conquistador patagónico Julio Popper*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.

- Marín, C.(2019). *Huesos sin descanso*. Santiago: Penguin Random House.
- Martinic, M. (1990). El genocidio Selk'nam: nuevos antecedentes. En *Anales del Instituto de la Patagonia*, 19: 23-28.
- Odone, C. y Palma, M. (2002). La muerte exhibida. Fotografías de Julio Popper en Tierra del Fuego (1886- 1887). En Odone C. and Mason P. (Eds.) *12 perspectives on Selknam, Yahgan and Kawesqar* (pp. 255-307). Santiago: Taller Experimental Cuerpos Pintados.
- Odone, C. y Palma, M.(2004). La muerte indígena: Tierra del Fuego (1886-1887). *Revista Chilena de Antropología Visual*, (4), 425-438.
- Palma, M. (2013). *Fotografías de Martín Gusinde en Tierra del Fuego (1919-1924)*. *La imagen material y receptiva*. Santiago: Editorial Alberto Hurtado.
- Popper, J. (1887). Exploración de la Tierra del Fuego. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 8, 74-115.
- Pinney, C. (1992). The parallel histories of anthropology and photography. En Elizabeth Edwards (ed.) *Anthropology and Photography 1860-1920*. New Haven und London: Yale University Press & The Royal Anthropological Institute..
- Vicuña, M. (2020). *Barridos por el viento. Historias del Fin del Mundo*. Santiago: Taurus.